

el entusiasmo y la constancia que ambos tienen ; mé-  
nester es , además , una maravillosa prudencia , con la  
fortuna y con el favor de los cielos.

*Causa jubei melior superos sperare secundos.*

(Crónica de Arbos Mundos.)

SOBRE EL LIBRO TITUDADO ,

EL PAPA Y LOS GOBIERNOS POPULARES,

POR D. MIGUEL SANCHEZ, PRESBITERO.

I.

El autor del libro, cuyo título va en el epígrafe, ha sido no pocas veces altamente encomiado en nuestro periódico. Los absolutistas han creído ó supuesto creer, ya que nuestros encomios provenían de que el Sr. Sanchez se había hecho liberal, ya de que nosotros queríamos lisonjear su amor propio para que se viniese á nuestro partido. No recordamos bien si fué *La Regeneracion* ó si fué *La Esperanza* la que, con este motivo, nos hizo la extraña honra de apellidarnos sirenas, y la no menos extraña ofensa de suponernos antropófagos y de atribuirnos la endiablada intención de devorar á un clérigo; *bocado de regalo*, según el mencionado periódico.

Nosotros por dicha, *ni hemos soñado jamás en que el Señor Sanchez se hubiese convertido al liberalismo*, ni mucho ménos hemos tratado de seducirle y devorarle.

Nuestras alabanzas han sido completamente desinteresadas. Desde el momento en que conocimos al Señor Sanchez, nos persuadimos, como lo estamos hoy, de que dicho señor es *absolutista-teocrático* y de que la firmeza de su carácter y la sinceridad de sus convicciones no consentirían que estas se mudasen de repente por el débil reclamo de unos cuantos encomios de gaceta. Hemos encomiado, pues, al Sr. Sanchez por amor de la imparcialidad, y nada más que á fuer de imparciales. Hemos encomiado al Sr. Sanchez porque nos parece el más racional y el más juicioso entre casi todos los escritores de su partido; porque le creemos un doctísimo teólogo, lleno además de vária y extensísima erudicion, sagrada y profana, y porque nos admiramos de su fácil y singular elocuencia, de la viveza de su fantasía, de la claridad de su entendimiento, de su prodigiosa memoria, de su actividad incansable y de la fecundidad extraordinaria de su ingenio. El señor Sanchez, si quiere, puede escribir más que el Tostado, puede hacer sudar las prensas publicando un tomo cada mes, y puede, al mismo tiempo, sin fatigarse ni mucho ni poco, predicar todas las mañanas en una iglesia y pronunciar por la tarde ó por la noche tres ó cuatro largos discursos en el Ateneo.

Al par que hemos recomendado al Sr. Sanchez y hemos reconocido las calidades ya referidas, no hemos podido ménos de hacer notar en él un defecto que las desluce algo. Al señalarle hoy nuevamente, con motivo de la publicacion de su obra, no hacemos sino confirmar y ratificar nuestro juicio.

Este defecto tiene, á no dudarlo, una excelente disculpa; la de que el Sr. Sanchez es muy mozo aún y está dotado de grande entusiasmo. Pero disculpar el defecto no es desconocerle, y nosotros conocemos y señalamos en el Sr. Sanchez cierta falta de reflexion y de espíritu generalizador y filosófico. Su ódio á la filosofía de Kant, de Fichte, de Hegel ó de Schelling, no debiera borrar en sus obras la huella de toda otra filosofía. La perspicacia de sus ojos para ver cada cosa en particular no debiera ser estorbo para que las viese reunidas y alcanzase á comprender mejor el conjunto de ellas. Su menosprecio de las nebulosidades alemanas no le debiera inducir en ocasiones á confundir lo vulgar con lo claro. Y por último, su amor á la sencillez y á la *utilidad práctica é inmediata* no debiera nunca llevarle á valerse de argumentos pueriles, que, si para el vulgo tienen fuerza, hacen sonreír desdeñosamente á quien no lo es, y traen mas daño que provecho á la causa, por excelente que sea, que con ellos se sostiene. Desengáñese el Sr. Sanchez; mejor es no ser á veces comprendido, que no valerse de argumentos tan comprensibles, que no solo los comprenda sino que los refute el mas lego.

Empezando por el título de la obra, á cualquiera se le ocurre que es un título vicioso. El mismo Sr. Sanchez tiene ciertos escrúpulos de conciencia, y se vé obligado á explicarnos el título.

En los dos epígrafes que autorizan y preceden á toda la obra, no es ménos de censurar la intencion con que se puede sospechar que han sido puestos. El

primero está tomado de las Sagradas Escrituras, y nos pinta el disgusto de Samuel porque el pueblo hebreo pedía un Rey, y no quería ya sufrir por mas tiempo el gobierno de los sacerdotes. El pueblo hebreo, de quien cuidaba Dios con especialísima providencia y á quien se puede afirmar que el mismo Dios gobernaba, hacia muy mal en querer un Rey; pero de los demás pueblos ni puede ni debe decirse lo mismo. Bien lo sabe el Sr. Sanchez. El segundo epígrafe es mas singular aún. Es un argumento diabólico de Proudhon, un argumento de que se vale en la mas impía de sus obras para hacer odioso el Catolicismo. Supone que una vez aceptada nuestra santa religion, aceptamos implícitamente el yugo sacerdotal, aceptamos la teocracia. El Sr. Sanchez, léjos de reprobar este absurdo, le pone como texto al frente de su libro, sin correccion ni advertencia alguna.

Pasemos ahora á examinar el cuerpo de esta obra, que tiene, á nuestro ver, tan extraviada cabeza.

Por fortuna no hallamos en la obra misma el extravío y las paradejas que los epígrafes y el título nos habian hecho sospechar. Mil veces se ha dicho y repetido que el estilo es el hombre, y en esta ocasion tenemos nosotros que repetirlo tambien. La viveza, la energía, el ímpetu y la bondad generosa del carácter del Sr. Sanchez se reflejan en su estilo y le prestan un verdadero encanto. La facilidad con que se conoce que el libro está escrito hace tambien fácil su agradable lectura. El libro de *EL PAPA Y LOS GOBIERNOS POPULARES* no se suelta de la mano hasta que se termina, por

poco aficionado que sea el lector á este linaje de cuestiones político-religiosas. De la forma de la obra que examinamos, creemos que no se puede hacer mayor elogio. Si no hay que admirar en ella la grandilocuencia y elegancia de Donoso Cortés, tampoco hay que deplorar sus extravagancias. La dición del Sr. Sanchez es mas correcta y castiza que la de Balmes, á la cual se asemeja en la claridad y en la sencillez.

El fondo del libro, prescindiendo ya de la forma, es lo que vamos á juzgar con algun detenimiento.

Nosotros estamos de acuerdo con el Sr. Sanchez en que es muy conveniente en España la unidad religiosa. Quiera el cielo que no se rompa nunca. Más, para que no llegue á romperse, nos parece que, en el día de hoy, la tolerancia es el medio más adecuado. Una violenta represion, á más de ser inútil, porque no podría aislarnos del resto del mundo, y apartarnos de la corriente de las ideas, é incomunicarnos con los herejes, é impedir que todo pensamiento humano salvase los Pirineos y los mares y se infiltrase en la atmósfera que aquí se respira, seria odiosa para las naciones prepotentes donde hay otras creencias y donde las que nosotros tenemos ya felizmente se toleran. *Convenimos en que no conviene en un país donde todos son católicos, dar licencia, en favor solo de algunos extranjeros, para que se levanten templos de otras religiones; pero tampoco conviene, por ejemplo, la suspicacia con que á veces se persigue la propaganda protestante, completamente ineficaz, por más que se diga, en nuestra nacion. Considérese cómo son ahora tratados los católicos*

en Inglaterra, y en Rusia, y en otros pueblos herejes ó cismáticos, y cuánto nos desagradaría y afligiría que, por celo religioso ó para tomar represalias, fuesen perseguidos, como en otras épocas lo fueron. Todavía está vivo el recuerdo de las persecuciones crueles del emperador Nicolás. No queramos imitarle.

De la primera afirmación sobre la unidad religiosa pasa el señor Sanchez á hablar de lo que importa á España conservarse fiel al Catolicismo. Para demostrar esto, bastaría demostrar que el Catolicismo es la única Religión verdadera; pero nuestro autor no escribe su libro para los que aman las cosas por su bondad intrínseca, sino para aquellos que las aman por la utilidad que traen consigo, y así solo trata de probar que el Catolicismo nos ha sido útil y provechoso.

Este medio algo egoísta de conservarnos católicos quizás pudiera censurarse un tanto. Si alguien, se dirá, hubiera de ser católico *por mero interés mundano*, casi sería mejor que no lo fuese. Sin embargo, hay algunos intereses mundanos muy respetables y que se avienen perfectamente con la Religión. Si el Sr. Sanchez se hubiera ocupado en demostrar, como le hubiera sido fácil, que la Religión Católica es el más firme fundamento de la moral, y que, siguiéndola el pueblo sería virtuoso, y que nada trae más utilidad y más gloria á un pueblo que la virtud de los hombres que le componen, nosotros aplaudiríamos y convendríamos con su razonamiento, sin hacer la objeción más leve. Con lo que no convenimos del todo es con la clase de provecho que dice habernos traído el Cato-

licismo, y menos convenimos aun con que se apele á este medio de persuasión y con que se ponga este señuelo de vanidad nacional para hacernos amar la Religión de nuestros padres.

El Sr. Sanchez, con gran talento, que no se le puede negar, amontona y agrupa hechos históricos para demostrar que España ha sido una gran nación con el Catolicismo, y que, sin él, no ha sido nada; pero el Sr. Sanchez falsea, tuerce ó interpreta mal la historia en muchas ocasiones, para ajustarla á su sistema.

España, en primer lugar, no era más que una expresión geográfica ántes de la conquista de los romanos. España no formaba un sólo Reino, ni una sola República, sino varias. Y sin embargo, recuerde bien el señor Sanchez cuántos siglos tardaron los romanos en dominear por completo la libre y altiva cerviz de aquellos primitivos españoles que aún no eran católicos. Por el contrario, católicos eran ya los españoles cuando la invasión de los visogodos herejes y de otras hordas más bárbaras que acudieron del Norte, y los españoles se rindieron sin resistencia: católicos eran, y hasta gobernados algo teocráticamente estaban los españoles, cuando un puñado de musulimes conquistó la Península en pocos días. Entonces formaba toda España una sola gran nación; pero no pudo resistir á pocos moros y árabes; mientras que siendo pagana, Numancia, una sola ciudad suya, resistió á todo el poder de Roma en su mayor auge, y desbarató ejércitos mayores y mejor disciplinados que los que

trajo Taric ó Muza. Vea el Sr. Sanchez cómo un impío, valiéndose de sus propios argumentos, le demostraria lo contrario de lo que él pretende demostrar, á saber; que el Catolicismo no da bríos á los ánimos belicosos, ántes los enerva. Lo cierto es que el Catolicismo, menos que ninguna otra religion, puede tener por objeto el que los hombres peleen bravamente batallas campales.

Supone tambien el Sr. Sanchez que no tuvo España glorias propias suyas hasta despues de hacerse católica. Marcial; Séneca, Lucano, Pomponio Mela, los Balbos, Silio Itálico, Trajano y Adriano, no eran españoles, porque escribieron en latin, ó vivieron en Roma y fueron ciudadanos de Roma. Entonces no cite tampoco el Sr. Sanchez, ni tenga por glorias de España, á un San Isidoro, á un Osio, á un Aurelio Prudencio. Tambien estos escribian en latin y tambien estaban sujetos á una dominacion extranjera.

Es asimismo un empeño singular el de querer demostrarnos que *el genio español languidece cuando se aplica á ciencias ó cultos que no llevan la augusta sancion del Vicario de Jesucristo*. No parece sino que desea el Sr. Sanchez que nos conservemos sumisos á la Iglesia para escribir bien, ó pintar bien, ó perorar bien. Pero no solo el argumento, sino el hecho mismo de que en España no ha habido genios no católicos, es inexacto á todas luces. Ya hemos citado á Séneca, á Lucano, á Trajano y á otros gentiles españoles, que en nada ceden á los genios que hubo despues. Entre los judíos de España descollaron asimismo

filósofos y poetas eminentes, como Jehuda Levita y Maimonides, y, entre los mahometanos, brillaron hombres tan extraordinarios como Averroes.

La propension del Sr. Sanchez á ligar los destinos del Catolicismo con los de España de tal suerte que, cuando el Catolicismo prospera, España prospera, y al revés, España decae cuando decae el Catolicismo, nos parece muy extraviada. En primer lugar implica contradiccion el hacer de una religion *católica, universal, para todos*, algo que redunde en singular provecho y ventaja de una nacion sola; esto es judaismo puro; y en segundo lugar, no creemos que la opinion del Sr. Sanchez pueda apoyarse en la historia. Los últimos años del siglo xv, cuando un Alejandro VI se ceñia la tiara, ó el siglo xvi, época de la *reforma*, en que dejaron de ser católicas muchas grandes, ilustres y poderosas naciones europeas y en que el turco estaba en su mayor pujanza, pesando duramente sobre los pueblos cristianos, no nos parece que sea el momento de mayor prosperidad del Catolicismo. Aquel, sin embargo, fué el momento de mayor prosperidad de la nacion española.

Tampoco aprobamos las consecuencias que deduce el Sr. Sanchez de que nuestros soldados hayan vencido amenudo en los combates al grito de ¡Santiago! Bueno es tener la creencia piadosa de que este Santo Apóstol ha combatido por nosotros en diversas ocasiones; pero esta creencia ni es exclusiva de nuestra nacion ni de nuestra Religion. San Dionisio, San Jorge, San Estéban y otros Santos, tienen tambien

sus naciones favoritas, y pelean por ellas, ó al ménos así lo creen ó han creído los húngaros, los franceses y otros pueblos. Minerva y Juno peleaban por los griegos; Marte y Vénus por los de Troya; Aquiles, hasta en la época del Bajo Imperio, cuando ya eran cristianos los griegos degenerados de entónces, se supone que vino al mundo, y entró en batalla, y peleó por ellos, matándoles muchos enemigos. Quirino y Castor y Polux no eran ménos activos y poderosos aliados de las armas de Roma.

Pero supongamos, por un instante, que los argumentos de nuestro autor están fundados en hechos exactísimos, supongamos que, en efecto, España ha dominado á las otras naciones y ha sobresalido entre ellas, gracias al Catolicismo. ¿Qué se podrá deducir de aquí? Que, atendido el interés mundano y patriótico, todos los españoles debemos ser católicos: pero ese mismo interés mundano y patriótico hará que otros pueblos no quieran serlo. Grecia era un gran pueblo con el Gentilismo y no lo es en el día. Pónganse, pues, los griegos á discurrir como discurre el señor Sanchez, y volverán á ser gentiles, y adorarán á Juno y á Minerva, en vez de adorar á Jesucristo. Discurren así los romanos, y volverán á los ritos y ceremonias que estableció Numa. Piensen de este modo los ingleses, y perseverarán en sus errores protestantes, ya que son tan temida y rica y floreciente nacion desde que los siguen. Dése, en suma, alguna más amplitud al argumento del Sr. Sanchez, y volveremos á aquellos siglos bárbaros, en que cada pueblo

tenia un Dios que le protegía, y en que las guerras no eran sólo humanas, sino divinas, peleando las divinidades de uno y otro pueblo, y venciendo el pueblo cuya divinidad podía más.

Afortunadamente no necesitamos los españoles acudir á estos sentimientos egoistas de orgullo nacional, para seguir siendo buenos católicos. Para ser católicos hay otros motivos más nobles; y si tal vez tenemos los hombres mucho de interesados, y si no todos somos bastante buenos para decir sinceramente,

Aunque no hubiera cielo yo te amára,  
y aunque no hubiera infierno te temiera,

todavía no queremos el cielo para España y el infierno para los otros pueblos, sino cielo é infierno para todos, segun los méritos de cada uno, y esperando siempre de la misericordia de Dios que sean muchos los que se salven, aunque sean beduinos.

Sentimos de veras que una persona de tan generosos sentimientos como el Sr. Sanchez, y tan llena de la caridad cristiana y de la moderna filantropía, que no es más que esa caridad, aplicada, no ya al individuo, sino á las naciones, á la sociedad y á todo el humano linaje, se haya creado tan míseros y egoistas adversarios, y se haya valido, para convencerlos, de razones tan poco valederas y tan contrarias al espíritu *liberal* del siglo presente.

Nosotros careceremos de doctrina, de elocuencia y de ingenio, y reconocemos lo mucho que tiene de

todo esto el Sr. Sanchez: por eso desconfiamos de convencerle y de traerle al liberalismo; pero no podemos ménos de decir que el Sr. Sanchez, si fuera liberal, aplicaria mejor á la política su doctrina religiosa, y seria un escritor admirable.

No procuraria entónces persuadirnos á que fuésemos católicos para ver si Santiago venia en nuestro socorro y humillábamos bien y sujetábamos á las otras naciones, sino que diria, como Manzoni, que era católico y liberal:

Tutti fatti a sembianza d'un solo;  
Figli tutti d'un solo riscatto.  
In qual ora, in qual parte del suolo,  
Trascorriamo quest'aura vital,  
Siam fratelli: siam stretti ad un patto;  
*Maledetto colui che lo infrange,*  
Che s'innalza sul fiacco che piange,  
Che contrista uno spirto immortal.

No ignoramos que cuando se trata de las relaciones privadas de hombre á hombre, no hay buen católico que no profese la doctrina de los bellísimos versos que acabamos de citar; pero, por desgracia, los absolutistas se ciegan de tal modo con la pasión política, que olvidan esa misma doctrina cuando se trata de las relaciones de nación á nación ó de gobernantes á gobernados, y si no la olvidan, no la tienen tan en cuenta, ni en la práctica ni en la teórica, como la tienen los liberales. Crea el Sr. Sanchez que el bueno y legítimo liberalismo no es más que la doctrina del

Evangelio aplicada á la política, aplicacion que no saben hacer los absolutistas y los reaccionarios.

Otro dia hablaremos de la segunda parte del libro del Sr. Sanchez, que trata casi exclusivamente del poder temporal del Papa.

## II.

Vamos á seguir examinando este interesantísimo libro con el sentimiento de que las condiciones de nuestro periódico no nos permitan hacer de él el detenido análisis, que seria indispensable para poner en su punto las inmensas y trascendentales cuestiones que en cada página suscita.

El Sr. Sanchez y sus doctrinas no pueden ser estimados en su justo valor, empleando pocas palabras y escribiendo sólo dos ó tres artículos ligerísimos; pero desgraciadamente tendremos que limitarnos á esto, y ser, por consiguiente, muy concisos, tocando sólo los puntos más capitales de la obra de que damos cuenta.

Para evitar equivocaciones, empezaremos por decir que el Sr. Sanchez es un absolutista teocrático del antiguo régimen, y no pertenece á la perversísima secta de los neos. No niega, como ellos, la razón humana, no cree en el grosero sensualismo tradicionalista, no proclama y pide la esclavitud de los hombres, tiene fé en el progreso, y no apoya en el derecho divino el poder de los Reyes, ántes bien adopta las juiciosas opiniones de Belarmino, de Soto, de Fray

Juan de Sta. María y de otros teólogos publicistas de los tiempos pasados. El Sr. Sanchez, en suma, puede pasar por un liberal, y hasta por un revolucionario, comparado con Donoso Cortés. Pero, sin embargo, *el señor Sanchez tiene un extraño aborrecimiento á todas las escuelas liberales de nuestra época*, y del conjunto de la obra resulta claramente la persuasión en que se halla el autor de que son racionalistas, esto es, irreligiosas, las modernas escuelas liberales. La mayor parte de los argumentos del Sr. Sanchez se funda ó toma su fuerza en esta imaginada y á su ver irremisible impiedad de los liberales. Si el Sr. Sanchez no nos creyese impíos, el Sr. Sanchez sería liberal como nosotros. Y decimos que el Sr. Sanchez nos cree impíos, no porque lo seamos á sabiendas, con plena conciencia de que lo somos, sino porque seguimos una doctrina que sin remedio conduce á la impiedad. El que no vé esto, es porque es un *cándido*. Se deduce, pues, que el Sr. Sanchez nos pone como en prensa con un terrible dilema; ó hemos de confesar que no tenemos religion, ó que somos muy menguados de entendimiento.

El asunto principal de la obra del Sr. Sanchez es probar que el poder temporal de los Papas *es dogma de la Iglesia y necesario al Catolicismo*. Quien de esto dude ó lo niegue es tambien cándido ó irreligioso. ¿Qué nos importa, pues, que el mismo Sr. Sanchez diga que el poder temporal no se halla entre los artículos del Credo? Para el caso es lo mismo que si se hallára, ya que, por el mero hecho de dudar que sea necesario al Catolicismo, dejamos de ser católicos

ó dejamos de ser racionales. Segun la importancia que dá el Sr Sanchez al poder temporal, podrá imaginar alguien que quizás haya puntos de fé de que pueda dudarse con menos peligro. En todos es menester que creamos; pero el poder temporal es para el Sr. Sanchez como la base firmísima de la creencia. Al ménos, esta es la idea, este es el sentimiento que parece que está embebido en la obra y que anima todo su conjunto. Veamos rápidamente el argumento de que se vale el Sr. Sanchez para demostrar tan raro aserto. Mazzini, Ricciardi, Garibaldi y otros, dice que son ó han sido impíos, ya siempre, ya en algun momento de la vida. Todos han dicho que es menester acabar con el poder temporal para acabar con el Catolicismo. Luego la existencia de éste tiene por esencial condicion la existencia del poder temporal. Niegan el poder temporal todos los que niegan á Cristo: luego niegan á Cristo todos los que niegan el poder temporal.

Lo erróneo de esta argumentacion no puede ser más evidente. Claro está que el que niega lo más, niega lo ménos: pero no se ha de decir por eso que el que niega lo ménos niega lo más. Un ejemplo explicará mejor aún lo que decimos. Todos los impíos han negado siempre que la Virgen Santísima fué concebida sin pecado original; pero nunca se ha seguido de aquí que fuesen impíos los que solo creian á la Virgen llena de gracia, antes de que su Inmaculada Concepcion fuese declarada dogmáticamente,

Sentado ya que el poder temporal es necesario al Catolicismo, pasa el Sr. Sanchez á hablarnos del ori-



gen de este poder y á demostrar su legitimidad. *Nunca la hemos negado, ni creemos que la niegue ninguna persona razonable*, y nada tenemos, por lo tanto, que decir sobre este capítulo. Solo observaremos que nos parece que el Sr. Sanchez se deja llevar demasiado de su entusiasmo, cuando para realzar el justo origen del imperio político de los Papas, deprime por demás el de los Reyes. No creemos, como el Sr. Sanchez, que se diga, *quizás con fundamento, que sobre el origen de todas las dinastías, es forzoso tender un negro y tupido velo para ocultar las miserias, los enormes crímenes que se encuentran en su fundacion*. No vemos esa *mancha execrable que hace asqueroso el origen de ciertas dinastías, que hoy nadie ataca*. Esto ni siquiera lo creen, ó lo ven los republicanos, porque creen y ven que los hombres tienen sentimientos de dignidad y de justicia, y que un poder, que entre ellos se perpetúa, rara vez tiene principios tan viciosos. La mayor parte de las coronas, como el poder temporal del Papa, deben su origen á la necesidad social de una época dada, al consentimiento ó á la eleccion del pueblo, ó á la conquista, sancionada despues por el Papa mismo.

Dejando ya aparte el origen del poder temporal, el señor Sanchez nos enumera sus causas, y expone, en sendos capítulos, hasta doce de las más principales.

La primera la entiende el Sr. Sanchez al contrario de como nosotros la entendemos y de como generalmente se entiende. El Imperio Romano, dice en resúmen; avasalló por la espada gran parte de la

tierra, se puede decir que el mundo, é hizo pesar sobre él su insufrible y abominable tiranía. «La iniquidad, pues, del Imperio Romano, la crueldad de su legislacion, los vicios de sus Monarcas, la corrupcion de los ciudadanos, su absurda doctrina moral y social, fueron quizá la primera y principal causa del poder temporal de los Papas.» *No parece sino que se sigue de aquí que este poder temporal es una especie de castigo impuesto por Dios á los romanos para humillar su soberbia y para que purguen sus pasados delitos*. Porque avasallásteis el mundo, y porque le dominásteis con el valor de vuestros pechos y la fuerza de vuestras armas, os obligo á que tengais por jefe de vuestra pequeña y débil República á un inerme sacerdote. Pero considerando que el tener el Papa su asiento en Roma, *antes es glorificacion que castigo, antes honra y premio que penitencia*, el Sr. Sanchez modificará su opinion acerca del Imperio Romano, verá en su historia algo más que combates de gladiadores y otras maldades, y reconocerá que el pueblo-rey fué destinado por la Providencia para reunir y civilizar á los demás pueblos. Venciéndolos por la fuerza, que en aquellos siglos de hierro era la única manera de vencer, sujetándolos á su yugo, dándoles sábias leyes que aún hoy sirven de base á todas las legislaciones de Europa, y enseñándoles su hermosísimo lenguaje, que es hoy aun el de la Iglesia Católica, la cual tambien le recibió de ese *infame* pueblo, los preparó á todos para recibir el santo y más dulce yugo de la ley de gracia. Antes de que esta ley se promulgase, antes

de que la *buena nueva* se difundiese por el mundo, Roma le venció con el rigor de la espada, y sin duda porque le venció y porque era su centro y su cabeza, quiso Dios que también le venciese con la dulzura de la persuasión, y puso la cruz sobre el Capitolio, y levantó en la ciudad eterna la cátedra del Príncipe de sus Apóstoles.

No se sigue de aquí, como deja entrever el señor Sanchez en muchos lugares de su obra, una reprobación divina contra el Imperio Romano y una condenación de su historia: ántes parece que lo contrario es lo que se sigue. Los hechos vienen además en apoyo de nuestro raciocinio. Los Papas han sido súbditos de los emperadores de Oriente, que se decían emperadores de Roma, y los Papas han coronado despues á muchos emperadores de Occidente, llámándolos emperadores de Roma y reconociéndolos como tales. Jamás hubo güelfo que fuese tan allá como el señor Sanchez en la condenación del Imperio.

Natural y no impía es, pues, la memoria que siempre, hasta en lo más tenebroso de los siglos medios, conservaron los romanos de su antiguo poder. El ser gibelino no era dejar de ser católico; el querer al emperador no era negar la autoridad espiritual del Papa; y el lamentarse de que los nietos de los Fábios y de los Scipiones *fuesen una manada de esclavos apaleados*, no era desear que volviese el Paganismo y que hubiese de nuevo combates de gladiadores. Por cierto que no deseamos nosotros que vuelvan la inquisición y la tiranía de los reyes de la casa

de Austria, y no nos disgustaría, con todo, que volviesen para España aquellos tiempos en que pudo llamarse señora de ambos mundos. El Sr. Sanchez debiera hacer todas estas distinciones, porque importan en gran manera al asunto de que trata. La memoria de la grandeza antigua de Roma no puede borrarse de la mente de muchos italianos. Hasta Papas ha habido que se han entusiasmado con ella, y han procurado que lo presente responda en cierto modo á lo pasado. Condenar por impíos á los que anhelan la unidad de Italia, reconstituyendo el Imperio ó haciendo á Roma capital, es condenar por impías ó despreciar por cándidas á muchas generaciones de hombres ilustres, entre ellos á Dante.

La segunda causa del poder temporal es causa del poder temporal porque quiere el Sr. Sanchez. El Catolicismo enseñó la doctrina que engrandece y eleva á los pueblos, intimidó con proféticas amenazas el corazón de los ambiciosos, suavizó y amansó la fiereza de los más crueles tiranos, destruyó la añeja política del Gentilismo, y estableció el reinado de la justicia en el mundo. *Todo esto es evidentísimo, y no permíta Dios que nosotros lo neguemos jamás.* Pero ¿fué con el poder temporal con lo que se hizo todo esto? ¿Qué tiene que ver todo esto con el poder temporal?

La tercera causa que dá el Sr. Sanchez es por el mismo orden que la segunda. El Vicario de Cristo, la cabeza visible de su Iglesia, ha sido, es y puede ser aún un gran *moderador* político. «Contiene al Monarca para que, engraido con su poder, no quiera proclama-

inarse Dios, y reprime la inconsideracion de la muchedumbre para qué, dejándose llevar de aviesas pasiones, no haga imposible el imperio suave de la ley, etcétera.» Luego el poder temporal es necesario, etc. Pero, Sr. Sanchez, ¿ha sido acaso con el poder temporal con el que ha impuesto sus leyes suaves el Soberano Pontífice, y con el que ha sido en muchas ocasiones el árbitro supremo de Europa? ¿De qué ha valido para esto el poder temporal? ¿A qué soberano se ha contenido con él? Felipe II, Luis XIV, Carlos V, Napoleon I, han vejado al Papa como soberano temporal. Los Papas que alcanzaron en el mundo mayor influencia política, los que volcaron la Europa sobre el Asia, apenas tenían poder temporal: los que hacían temblar en su trono á los más soberbios tiranos, eran ellos, á su vez, como señores temporales, arrojados de Roma por la plebe turbulenta, insultados, heridos ó golpeados por los feroces barones, ó vencidos y hechos prisioneros por los jefes mismos á quienes llamaban en su ayuda. Gregorio VII, el más grande de los Papas, el que adquirió mayor predominio en Europa, vió su capital entrada á saco por Roberto Giscard, y murió desterrado en Salerno.

Viene luego la cuarta causa, que consiste en que los Soberanos Pontífices salvaron á Roma de los bárbaros. *Lo que es esta no se puede negar que es una causa justa de soberanía.* Recuerde con todo el Sr. Sanchez que muchos políticos italianos han dicho, no sin algunos visos de razon, que la causa de la debilidad de la Italia moderna y de su incurable fraccionamiento

ha sido el poder temporal de los Papas, nunca bastante fuertes para dominar toda la Península, y nunca bastante débiles para dejar que otro la domine. Esto, cuando no se habían formado aún grandes Monarquías, no tenía para Italia tan deplorables consecuencias como ahora; Venecia, Génova, Florencia, y hasta Pisa y Amalfi, eran en la edad media Repúblicas poderosas, cuya alianza ambicionaban los Reyes: pero despues que los demás países constituyeron su unidad nacional y se robustecieron, el fraccionamiento fué perjudicialísimo á Italia, y la entregó á todos los ambiciosos para que por ellos fuese hollada y pisoteada.

Al exponer el Sr. Sanchez la quinta causa, es presa de la misma alucinacion que en las anteriores. Los Papas convirtieron al Cristianismo á los ingleses, á los alemanes y á otros pueblos bárbaros, gobernaron siempre sapientísimamente la Iglesia, difundieron el saber y la civilizacion, y enviaron con sus misioneros la luz de la verdad hasta los últimos confines de la tierra. Luego el poder temporal, etc. ¿Qué hemos de contestar á esto, sino lo que ya hemos contestado ántes? Nuestro autor se diria que confunde adrede el poder temporal con el espiritual.

La sexta causa está cifrada en estos términos «Ó los Papas son independientes en lo civil, ó por sus justas censuras contra la depravacion de los malos imperantes, constantemente, con daño de la Iglesia universal, han de ser perseguidos.» Estamos de acuerdo con el Sr. Sanchez; el Sumo Pontífice no debe ni puede ser súbdito de nadie sin grave perjuicio de la Igle-

sia. Pero sus dos ó tres millones de súbditos, cuando los ha tenido, que ha sido poquísimas veces, ¿le han librado de esa independencia y de esas persecuciones? Hoy mismo, ¿es muy independiente el Papa? ¿Lo fué cuando el águila austriaca oprimía entre sus garras toda la Península? ¿Era entónces, es ahora, ha sido jamás el poder temporal el que ha impedido que sean perseguidos los Papas, ó ha sido el respeto que se les debe como á Vicarios de Cristo, y el afecto y la devoción que les profesan los fieles?

La octava causa consiste en suponer que los Reyes ó Emperadores que han protegido el poder temporal de los Papas han sido muy felices y poderosos, y por el contrario los que no le han favorecido han tenido un trágico y desastroso fin, como Napoleon I, en Santa Helena. El Sr. Sanchez olvida que Cárlos V, Felipe II, Luis XIV y otros soberanos, que han disminuido el poder temporal de los Papas ó los han ofendido como á Príncipes temporales, han tenido un fin bastante bueno y han vivido dichosos y respetados en el mundo. Las demás causas que expone el Sr. Sanchez son del mismo género. Todas ellas forman juntas una hermosa, brillantísima é irrefutable apología del Pontificado católico; pero nada ó poquísimas prueban en favor de la necesidad de una soberanía temporal de los Papas.

Entrando luego el autor en la refutación de las opiniones contrarias al poder temporal, sale vencedor siempre que se trata de probar que la soberanía mundana del Papa, que su condicion de rey, no es contraria al espíritu del Evangelio, ni á los Concilios, ni á

los Santos Padres, ni á los Doctores; pero nunca prueba que este reino mundano sea indispensable al Catholicismo, sea un dogma de la Iglesia. Más bien se puede decir que nos dá, sin querer, una gran prueba negativa de que no es necesario el poder temporal.

Una persona tan docta y tan apasionada de su asunto como el Sr. Sanchez, nos cita todo lo que ha hallado de más favorable al poder temporal en los Concilios y en los Santos Padres, y en ninguna de sus citas vemos afirmado el poder temporal de una manera explícita y dogmática. Las citas del Sr. Sanchez prueban que el Papa es el Vicario de Cristo, el Jefe de la Iglesia, el Padre comun de los fieles, el primero de los obispos; prueban que, como tal, ha sido siempre acatado y reverenciado; prueban que ha ejercido jurisdicción é imperio como de supremo juez y aun legislador de la Iglesia; pero de poder temporal no prueban nada. Imposible parece que el Sr. Sanchez confunda una cosa con otra.

Para que se vea que no exajeramos, vamos á poner aquí, con las propias palabras del Sr. Sanchez, algunos de sus argumentos.

«Se conserva todavía, dice, la célebre carta á los cristianos de Corinto, en la cual San Clemente, excusándose con la turbulencia de los tiempos, por no haber ántes accedido á sus deseos, como verdadero magistrado supremo, escribe á los cristianos de Corinto y les dá admirables reglas, santas leyes de moral y política, con las cuales fácilmente pudieran evitar el escándalo de la lucha y vivir en las dulzuras de la paz

y la caridad. Dificil es no ver aquí una potestad judicial y suprema. Ningun católico la ha negado nunca. Pero ¿qué tiene esto que hacer con el poder temporal? repetimos nosotros. ¿Quiere tambien el Sr. Sanchez que sea el Papa rey de Corinto? Las demás citas de los Santos Padres son idénticas á la que hemos insertado.

Lo que si demuestra el Sr. Sanchez es que ni los Concilios, ni los Santos Padres, ni los Doctores han hallado incompatible el poder temporal con el espiritual de los Papas; que no han declarado contrario al espíritu de la Religion el que su Jefe posea bienes terrenos, tenga súbditos y Estado. Pero esto no lo niega ni lo pone en duda nadie, con tal de que haya leído el más breve compendio de historia. ¿Cómo habian de condenar los obispos, que eran señores de vasallos en la edad media, y el clero, que poseia cuantiosos bienes, que el Sumo Pontífice los poseyera tambien y que fuese soberano? Claro está que esto es permitido por la Iglesia; cuando la Iglesia ha tenido y tiene aún bienes y súbditos. Pero de la permission, ¿se deduce acaso la imprescindible necesidad?

Confesamos ingénuamente que no se nos alcanza este modo de discurrir. Damos por supuesto que el poder temporal de los Papas ha sido utilísimo en lo pasado y que podrá ser aún muy provechoso en lo venidero; que tal vez importe mucho conservarle en las actuales circunstancias del mundo, y que es benéfico y favorable para los romanos; pero de suponerlo y aún de afirmarlo así, á suponer y afirmar que el po-

der temporal es un dogma de la Iglesia, una condicion *sine qua non* del Catolicismo, un artículo, no de fé, pero que sin ser de fé tiene la virtud de transformar en impío ó en necio á quien de él duda, hay una enorme distancia, que no podemos salvar nosotros con las inconducentes pruebas que el Sr. Sanchez nos ha dado.

Su libro, del que aún nos queda bastante que hablar, volvemos á decir que es una brillante apología del Catolicismo, y que está escrito con elocuencia, con sinceridad y con fervor dignos de elogio, pero en todo él se nota la alucinacion sofistica de que hemos hablado. Todo lo refiere el Sr. Sanchez al poder temporal, cuando no es en manera alguna del poder temporal de lo que tratan sus autores.

Ya, otro dia, terminaremos este ligero exámen.

### III.

Nos queda por examinar la parte mas diffeil, la que más prudencia y tacto exige de parte del crítico, en la obra notable del ilustre presbítero malagueño. Ya no se trata de teorías históricas, de interpretaciones y apreciaciones más ó ménos juiciosas sobre los acontecimientos pasados, sino de juzgar los presentes acontecimientos y de absolver ó condenar á los personajes que en ellos han intervenido ó intervienen. Napoleon III ha calificado de *obstinacion* la resistencia del Padre Santo á ceder parte de su poder temporal, y contra este modo de calificar la conducta del Vicario